

América en los libros

El ramito y otros cuentos, Noemí Ulla, Proa, Buenos Aires, 2001, 94 pp.

En el mundo que habitan las narradoras de *El ramito y otros cuentos*, las cosas adquieren formas y colores, sonidos y sentidos inusitados e imborrables. Es un mundo reverberante, donde todo resuena y resplandece con una intensidad que las personas difícilmente podrían soportar. Pero esas narradoras, como se dice con sabiduría en el primer relato, no son personas, son niños. Niñas, para ser más precisos. Una categoría ontológica elusiva y transparente que permite atravesar las habitaciones de una casa «sin ser advertida, sin que se oiga ni mi respiración alterada por la magia» (p. 59).

Esas niñas quieren ser liebres y a veces lo consiguen, como las amigas que vuelven corriendo sobre el Pont Neuf. También son señoras que van de visita, hijas de un rey, o depositarias –como Saturnina– del arcano del amor, que es un abrazo humano y es la reunión de las aguas en la música de una fuente. Les cuesta leer las manecillas del reloj, pero son capaces de atisbar, por el ojo de la cerradura, un tiempo extensible y retráctil, que se achica y se agranda según la voluntad de quien lo mira y que usa un bastón elegante pero también una media

agujereada por donde asoma, insolente, el dedo gordo. Es que las niñas poseen el poder de nombrar todas las cosas y de dar vida a cuanto nombran. Para ellas todo está sexuado, todo tiene género: los espejos varones y las femeninas puertas panzonas de los roperos, los gladiolos y las calas. La bomba de agua es una mujer desconcertante, con un perfil de hombre, la palmera una loca, siempre despeinada. Los árboles, amigos con quienes se habla, pueden cambiar de forma y asemejarse a caballos, aunque estén eternamente quietos. Y un caballo puede aparecer, de repente, en el horizonte de la tarde, llevando sobre el lomo un jinete con un turbante enojado, que es el novio a quien la niña espera.

Ese país de la infancia es profundo y bello, colmado de ecos prodigiosos, pero también se vuelve terrible. Hay inquietantes canciones infantiles: viejos romances, que intercalan en los oídos de la niña del ramito episodios de dolor, violencia y extrañamiento. Por eso, la niña que ha escrito estas páginas en Noemí, desde Noemí, ha tenido que inventarse otro mundo: el espacio hechizado de *El ramito*. Esta esfera de cristal, que gira luminosa en nuestra mano mientras lo vamos leyendo, se agranda paulatinamen-

te, hasta que otra vez cabemos en un cosmos hecho a nuestra medida verdadera. Nosotras, las evadidas y fugadas de esta rutinaria opacidad donde los sentidos se asordinan.

María Rosa Lojo

Julio Cortázar, Miguel Herráez, Alfons el Magnànim, Valencia, 2001.

Acaso baste pensar que la biografía de un escritor sólo necesite de un recorrido por aquellos lugares que transitó. Pero, tratándose de un escritor como el argentino Julio Cortázar, el simple itinerario geográfico no es suficiente. Es vital, en efecto, pero no logra dar una muestra acabada de la verdadera dimensión de quien ha logrado modificar, sustancialmente, la idea de novela, en el marco general de la literatura hispanoamericana de los años sesenta y hacia adelante. Y el reconocimiento de esta labor literaria y de compromiso con el hombre, se cristaliza, finalmente, en el trabajo ceñido y de calado intenso que realiza el profesor Miguel Herráez.

Miguel Herráez tiene una vasta trayectoria como narrador y como investigador. Autor de novelas y cuentos, lo es también de las meritísimas compilaciones de epistolarios de Vicente Blasco Ibáñez, que revelan aspectos inéditos de la vida del

gran escritor valenciano. Pero Herráez también se ha ocupado de la novela latinoamericana, a través de artículos y trabajos presentados a congresos de la especialidad. En su estudio sobre la novelística de Eduardo Mendoza, la estrategia de la postmodernidad en Eduardo Mendoza, Herráez demuestra, en el primer capítulo, un conocimiento acendrado de la narrativa latinoamericana, que tanto habrá de influir en la española, capítulo que, por la perspectiva que ofrece, debería formar parte de las bibliografías de las cátedras de literatura hispanoamericana. Este conocimiento permite al profesor Herráez moverse con fluidez en el pensamiento literario de muchos de estos escritores, particularmente de Julio Cortázar.

La biografía encarada por Herráez, sale de lo que conocemos, hasta el momento, en ese campo. Supera en detalles, la que publicara años atrás Mario Goloboff. Se extiende en el tiempo, con respecto a la investigación de Fernández Cricco, ya que mientras éste aborda los años iniciales de Cortázar, Herráez despliega en sus trescientas páginas, el itinerario completo. No se limita al mero aspecto de lo puramente anecdótico, sino que apunta a una profundización del conocimiento del Gran Cronopio. Pensemos en las aproximaciones, el itinerario completo. No se limita al mero aspecto de lo puramente anecdótico, sino que apunta a una profundi-

zación del conocimiento del Gran Cronopio. Pensemos en las aproximaciones de Cristina Peri Rossi o de Alberto Cousté, de reciente aparición, y las diferencias surgen con la sola lectura del texto de Herráez: el rigor en la investigación, la frontalidad con la que han sido abordados los distintos temas, el ahondamiento en cuestiones que aúnan vida y literatura, tan ligadas en el creador de *Rayuela*. Y es, precisamente, este vínculo, el que se transforma en el centro de la indagación, a lo largo del libro.

Se trata de una biografía abarcadora. Para ello, Herráez ha realizado un minucioso trabajo de campo, en Argentina y en Europa: transitó, especialmente, Francia, las casas de Cortázar en París y en Saignon; y España, en los testimonios dejados por otros escritores que tuvieron vínculos directos con el Cronopio, lugares que Cortázar ha recorrido, dejando su huella de amistad y de francas convicciones literarias y políticas.

Además, el trabajo se enriquece con entrevistas y testimonios directos que Herráez se ha ocupado de coleccionar, desde Aurora Bernárdez, primera mujer y actual albacea literaria de Cortázar, hasta escritores de la talla de Sergio Ramírez, José María Guelbenzu, Carlos Meneses, Andrés Amorós, como así también quienes han tenido la ocasión de conocer personalmente a Cortázar en algún momento de su vida, como

Rosario Moreno, o la mencionada Dolly Ontiveros, quien fuera asistente a las clases que Cortázar diera en la Universidad de Cuyo, en Mendoza, Argentina, durante sus años de ejercicio del profesorado universitario.

Herráez se detiene, con detalle, en todas las obras publicadas por Cortázar y en las aparecidas póstumamente, incluyendo el amplísimo epistolario, que el mismo Herráez comentara en estas páginas. Como se puede advertir, la vida y la literatura se entrecruzan para ofrecerse como un todo.

En este sentido, hay dos aspectos en los que Herráez se detiene para ahondar: la relación de Cortázar con el llamado *Boom* de la novela latinoamericana, y las preocupaciones políticas. Es importante dejar constancia que el trabajo de Herráez no va dirigido a lo que la crítica literaria ha destacado, casi desde el comienzo, de este movimiento, que ha cambiado sustancialmente la narrativa hispánica de los últimos cuarenta años. Herráez apunta a la interacción que la existencia y la historia denotan para la producción literaria cortazariana, pero en clave estrictamente cortazariana. Y este es el aspecto más relevante de este estudio.

Pero también Herráez profundiza, a instancias del mismo Cortázar, en la realidad argentina desde la presidencia de Juan Domingo Perón, hasta los años del Proceso de Reor-

ganización Nacional, comprendidos entre 1976 y 1983, años que coinciden con una etapa de profusa actividad de pugna por los derechos humanos, acometida por Cortázar desde París. Y este no es dato menor porque, en medio, se registra la adaptación que Cortázar debió realizar cuando, a mediados de los 50, se traslada a París.

En este mismo marco histórico, Herráez se detiene en la exploración de las revoluciones cubana y nicaragüense, que han tenido tanta incidencia en el pensar y en el hacer de Cortázar.

Recorrido vital y bibliográfico intenso. Búsqueda permanente de proveer a la realidad de otras formas de afrontarla son, entre otras, las posibilidades abiertas por esta biografía de Julio Cortázar que, de la mano de Miguel Herráez, y a partir de ahora, ofrece una dimensión distinta del autor de *Rayuela*.

Daniel Teobaldi

Historias de hombres casados, Marcelo Birmajer, Alfaguara, Madrid, 2001, 336 pp.

A pesar de la diferente factura estilística de los diecisiete relatos que componen este volumen del escritor argentino Marcelo Birmajer, hay varios aspectos que los uni-

fican y que permiten hablar más de semejanzas que de diferencias. Todos, menos dos, están ambientados en Argentina; el punto de vista está puesto al servicio de hombres casados, lo cual obliga al autor a adoptar una perspectiva esencialmente masculina y dominante a la hora de enfocar sus historias, recurso que, por otro lado, deja mal paradas a las mujeres que circulan por estas páginas; todos los hombres buscan una aventura extraconyugal y todos se empecinan en ocultar su infelicidad; la mayoría son judíos que tienen presente a un Dios que no nos castiga por nuestros pecados sino que «nos castiga al permitir que los cometamos»; un concepto pesimista de las relaciones amorosas y de la existencia, en general, recorre estas páginas (la vida es infelicidad, la mentira se instauro con naturalidad en la vida emocional, el sexo es un modo de expresar todo el odio que nos produce compartir nuestra intimidad con otro, las desdichas de los humanos provienen de la búsqueda de la felicidad); todos los relatos giran en torno a las relaciones amorosas, aunque mejor habría que decir que el autor reflexiona sobre la insatisfacción y el autoengaño. Pero, también, lo hace sobre el adulterio, la violencia doméstica, el dolor silenciado, el sexo como posibilidad de sobrevivencia, el incesto, el miedo, la ruptura, la imposibilidad de comunicación («pocas de las defec-